

Dr. Edward Bach

LOS REMEDIOS FLORALES



**Escritos y
conferencias**



Las enseñanzas del fundador
de la Terapia Floral sobre la esencia
de la enfermedad y la salud

El doctor Edward Bach fundó el método de sanación con las flores que ha ayudado a millones de personas en todo el mundo. Una obra que nos describe la fuerza curativa de las flores, ayudándonos a encontrarlas y comprenderlas en su entorno natural. Todas las enseñanzas sobre los remedios florales y el poder curativo de la naturaleza, junto a los más importantes consejos sobre la terapia y la forma de proceder ante la enfermedad, sea cual sea su origen o estado de la misma.

Prólogo

*Del amanecer de los tiempos venimos
y al amanecer de los tiempos tornamos,
que Él bendiga la noche que nos guía.*

P. J. Percival

La historia concreta comienza una clara y fresca mañana de primavera, el sol comienza a despuntar y el aire huele a arcoiris. Edward camina pausadamente por su amada campiña galesa. Hace tiempo que un impulso irrefrenable le lleva cada mañana a los prados verdes de su tierra natal. Ese mismo impulso que le hizo transitar desde los más «sólidos conocimientos» de la ciencia hipocrática hasta los sutiles matices de la sabiduría paracelsiana.

No se recuerda bien si deambulaba por un lecho de mostazas o si fue la impaciencia o la rosa silvestre las causantes de su relámpago interno, pero en ese amanecer Edward contempló el prodigio que desde su silencio realiza la naturaleza todos los días. Sintió la alquimia de los cuatro elementos al deslumbrarle una gota de rocío depositada en el pétalo de una flor inundada de sol; y ya nada fue igual.

Quizá ésta podría ser una descripción del momento cumbre en el que Edward Bach intuye el principio energético que le llevaría a elaborar esencias de flores y de esta forma redescubrir para el mundo moderno una energía sutil y poderosa que culturas como la inca o la celta, y filosofías como la taoísta, conocieron y manejaron, y aún más, nos podríamos remontar, según relatos de Edgar Cayce, a la

utilización de la energía de las flores en la rememorada Atlántida.

Mas esto no hubiera sido posible sin su extraordinaria sensibilidad y su precoz y profunda consagración al servicio de la humanidad. Edward Bach nació y creció en un ambiente rural cerca de Birmingham en el año 1886. Este hecho y su prematura toma de conciencia del dolor y la enfermedad, le ayudó, de un lado, a ser receptivo y sensible al mundo vegetal y a la naturaleza, y de otro, tomar muy tempranamente la decisión de estudiar medicina. Cursa estudios en Londres y practica la medicina ortodoxa hasta el año 1919; pero a partir de ese año, y ante su incertidumbre en ir a la causa profunda de la enfermedad por esa vía, adopta posiciones más «naturistas» y comienza a practicar la homeopatía, la inmunología y la bacteriología. Imparte numerosas conferencias y escribe artículos en revistas especializadas, lo que le da una proyección internacional importante. Crea remedios homeopáticos a partir de toxinas; remedios que hoy día se siguen utilizando por muchos homeópatas y que son conocidos como los «nosodes de Bach». En ese tiempo prepara homeopáticamente flores como la mostaza y la impaciencia, obteniendo muy buenos resultados en su utilización.

Durante todos estos años, Edward Bach no para de buscar dónde está el «quid» de la enfermedad, del dolor. No le llenan los métodos que utiliza, pues éstos no hacen sino que tratar más o menos superficialmente los síntomas de la dolencia, y él entiende o siente que las llamadas «causas» no son más que pasos intermedios del verdadero origen que intuye más allá de lo puramente vegetativo o psíquico. En 1930 se produce un suceso que marcará definitivamente su orientación. Conoce a Rudolf Steiner y asiste a las conferencias que éste pronuncia en Londres y en las que refiere el gran poder de curación de las flores, sobre todo a nivel espiritual, y que aún estaba por descubrir.

Edward escribe «Cúrese usted mismo»; (publicado en: la Curación por las flores, por Editorial Edaf), y en todo ese proceso llega a la profunda convicción de que la enfermedad es el resultado de un «desencuentro», del alejamiento o la disonancia entre alma y personalidad, entre el mundo interno y el mundo externo, e intuye que en las flores, como máxima expresión del reino vegetal, hay una respuesta a esta discordancia; y que éstas, pueden intervenir terapéuticamente en todos los procesos emocionales que preceden y acompañan a la enfermedad.

Abandona todo lo que era su práctica médica hasta ese momento, deja su consulta de Londres y se dedica a investigar en el campo sobre los métodos de elaboración y aplicación de los preparados florales, tanto a través de decocción como de maceración solar.

En 1932 escribe «Los doce curadores», que es una exposición de los doce remedios elaborados hasta entonces por él. Entre 1930 y 1936 elabora un sistema de 38 elixires florales que, junto al llamado «Remedio de rescate», forman el conjunto de 39 elixires, hoy día conocido como «Flores de Bach». Su sistema de investigación, sobre todo en el final del proceso, fue muy peculiar, rayando en la mediumnidad, puesto que él entraba espontáneamente en el estado de precariedad emocional específico por el cual se veía impulsado a buscar la flor adecuada.

Edward Bach muere en noviembre de 1936, con la certeza no sólo de haber aportado un sistema inofensivo de manejo, operativo y eficaz frente a la enfermedad, sino todo un método para el trabajo de crecimiento personal y liberación de la consciencia; ya que los elixires florales no actúan de forma sintomática y parcelaria, sino que lo hacen de forma global y holográfica, liberando los patrones de conducta y de pensamiento erróneos y posiblemente conducentes a desequilibrios sutiles, pero poderosos en el devenir de la enfermedad.

A lo largo de la lectura de este libro que tengo el honor de prologar, podemos asistir a todo el proceso de evolución personal de Bach, ya que es un compendio cronológico de conferencias impartidas por él; asistir no solamente a su evolución profesional, incluso a su maduración espiritual, sino deleitarnos con pequeños detalles, breves comentarios de primera mano sobre las esencias, detalles inéditos y no recogidos hasta ahora en toda la literatura que sobre el tema se ha escrito. Por lo tanto, os invito a que lo leáis con atención, a comprender cómo Edward, a través del ejercicio sistemático de la coherencia personal, pasa de concepciones racionalistas y científicas a posiciones que le llevan a concebir la vida como un flujo continuo y constante del espíritu y a experiencias tan «raras» como la proyección astral consciente para tratar a sus pacientes.

Desde su muerte han surgido nuevos investigadores y nuevas esencias, pero sin duda a él le corresponde el honor de ser el primero, el ermitaño que alumbró en nuestro tiempo una nueva forma de entender la vida, la enfermedad y la luz que de todo ello puede desprenderse.

Que el prólogo no sea sino un homenaje al hombre que sintió la llamada profunda de la vida, que vivió el sagrado hacer de la naturaleza a través del mundo de las flores. Esa consagración por la que, todos los días, «La Amada» — Gaia— renueva la promesa de amor eterno a su Amado — el Universo.

Pedro López Clemente

La intoxicación intestinal en relación con el cáncer

(British Homeopathic Journal, octubre 1924)

Esta conferencia trata de la intoxicación intestinal y su relación con las enfermedades, sin excluir las malignas. Confío en que las afirmaciones que voy a hacer a continuación no sólo sean de su interés, sino que consideren que merece la pena ocuparse de ellas con mayor profundidad.

La intoxicación intestinal no es ningún tema nuevo. En los últimos cien años se han realizado una gran cantidad de trabajos, tanto desde el punto de vista médico como quirúrgico, en aras de contrarrestar los efectos perjudiciales de la intoxicación intestinal. Y hasta los tiempos más recientes del desarrollo de nuestra profesión no encontramos los métodos de tratamiento y los medicamentos cuyo único el importante objetivo es limpiar el intestino. Pero a medida que se reconocía la importancia de la intoxicación intestinal y se profundizaba en su investigación, hemos podido comprender mejor sus detalles y las circunstancias más precisas que conducen a esos resultados perjudiciales. Sólo ahora se han entendido las poderosas y amplias repercusiones de la intoxicación intestinal. Actualmente tenemos que reconocer sus efectos devastadores sobre toda la civilización, que son más difíciles de entender por la alevosía de la intoxicación intestinal. Los médicos tienen que reconocer todavía la segura y continua remisión de la capacidad de resistencia y la disposición de la enfermedad, así como los éxitos que se han conseguido frente a la gran mayoría de enfermedades por la eliminación de la intoxicación intestinal.

La causa fundamental de esta aberración radica en la alimentación y en la posterior infección, que sólo puede extenderse cuando se produce una mala alimentación. En es-

ta conferencia me gustaría intentar ilustrarles algunas razones, tanto científicas como prácticas y explicarles el importante papel que desempeña en la mayoría de las enfermedades, y que las causas de predisposición al cáncer no constituyen ninguna excepción.

El alimento es la gasolina del motor humano, el que abastece hasta a la más diminuta célula de la más maravillosa de todas las maquinarias. El cuerpo humano. Pero como explicaré más adelante, cuando el carburante carece de algún componente esencial no se convierte en una fuente de energía degradada, sino que abre infinidad de posibilidades de producir venenos y sustancias nocivas que arruinan por completo el sano y perfecto funcionamiento del hombre. Desde tiempos inmemoriales se han elaborado teorías sobre el diferente valor de los distintos alimentos, y cualquiera que se distancie de los hábitos de su sociedad es considerado un excéntrico.

Espero poder acercarles hoy a los inicios de la investigación, que en el futuro mostrará con más exactitud cuál es la alimentación normal y correcta para el hombre.

No puede existir la menor duda de que la alimentación de la civilización es completamente equivocada, y no hace falta ser muy juicioso para aceptar que nuestros modernos métodos de cocinar y preparar nuestro alimento no son en modo alguno compatibles con las leyes de la naturaleza.

El origen de la intoxicación intestinal se remonta originariamente a una alimentación equivocada, y sólo después puede achacarse a una infección, que únicamente puede manifestarse cuando las condiciones del tracto gastrointestinal no son normales. Este estado existe en casi todas, si no en todas, las personas que se nutren de los alimentos que comemos hoy día. Posiblemente, este estado no conlleve ningún síntoma durante meses o años, o incluso hasta edad bien avanzada, ya que la enfermedad depende en gran medida de la capacidad de resistencia del sujeto a las sustancias venenosas, pero también en cierta medida de

los diferentes organismos que estén relacionados con la intoxicación.

Una alimentación equivocada puede empezar el mismo día del nacimiento, como en el caso de la alimentación artificial; pero a menudo comienza hacia finales de los primeros meses de vida.

Considerada desde el punto de vista de la historia natural de la humanidad, ésta está destinada sin lugar a dudas a vivir de los alimentos vegetales de los trópicos, y probablemente de la carne de pequeños animales, pero tanto si se piensa que el hombre es vegetariano como si es carnívoro, hay una cosa segura: que nuestros modernos métodos de cocinar, almacenar y preparar los alimentos no son admisibles dentro del orden cósmico de las cosas. De aquí, como veremos más adelante, que desde nuestra más temprana infancia vivimos con un contenido intestinal anormal y que mantenemos estas circunstancias a lo largo de toda nuestra vida.

Es posible que los organismos anormales del intestino no se habrían convertido en perennes parásitos intestinales, aunque su presencia sea tan universal, si admitimos que el hombre se hubiera alimentado correctamente desde su nacimiento.

Doy esta conferencia por tres motivos:

1. Un gran número de enfermedades puede ser tratado con éxito siguiendo estas directrices.

2. El beneficio que se obtiene de la aplicación de estas directrices hay que achacarlo a una mejora general del estado de salud, y no a un tratamiento local.

3. El 25% de todos los casos avanzados de cáncer que no son operables que han sido tratados por este método muestran una mejora pasajera y una remisión de los síntomas, viviendo una época más agradable en general.

Cuando en el 25% de los casos de cáncer en estado avanzado puede consignarse algún indicio de éxito y afir-

marse que el porcentaje es mayor, no parece que merezca la pena proseguir en esa línea de pensamiento y en la investigación en este terreno.

Quiero ocuparme aquí en detalle de estos puntos, y me gustaría ilustrar los resultados.

La falta de alimentos naturales:

1. La ausencia de productos vitales que son necesarios para la salud, como, por ejemplo, las vitaminas, entre otros.
2. La falta de sustancias que necesita la flora bacteriana del tracto intestinal para garantizar su limpieza.
3. La existencia de sustancias de las que pueden obtenerse venenos sin grandes problemas.

Respecto a los tres puntos anteriores hay que explicar lo siguiente:

1. La ausencia de vitaminas y sustancias que son necesarias para la salud es algo aceptado generalmente y sólidamente demostrado, de manera que resulta innecesario explicar en detalle este punto, sobre todo si se piensa en las enfermedades más destacadas en este sentido, como el raquitismo o el escorbuto. Pero cuando se investigan con más minuciosidad los fenómenos carenciales, probablemente se verá que hasta el mínimo fenómeno carencial tiene graves repercusiones durante mucho tiempo en el metabolismo general.

2. Para que el tracto intestinal esté limpio, se necesitan ciertos organismos, y éstos sólo pueden existir si se los alimenta correctamente. Las bacterias limpiadoras del intestino son las lactobacterias, puesto que mediante el ácido que producen inhiben los procesos de putrefacción y se encargan de que los excrementos estén sanos y relativamente estériles. Para este proceso tiene una gran importancia el almidón, ya que el azúcar o el azúcar y el almidón, son necesarios en el intestino para desencadenar este proceso.

La alimentación media incluye muy poco almidón. Al cocer, hacemos disminuir aún más la escasa cantidad existen-

te, ya que la cocción destruye la envoltura celular y produce una hidrólisis parcial de los hidratos de carbono, de manera que en el intestino ciego domina una desesperada carencia de azúcares, con lo que se inhiben las reacciones ácidas.

3. En la actualidad tomamos en exceso proteínas de origen animal, que pueden generar con facilidad sustancias tóxicas.

La comparación de las heces de personas que llevan una alimentación media con las de las que ingieren gran cantidad de comida cruda aportó resultados muy interesantes y sorprendentes. El color normal de las deposiciones es marrón oscuro, aunque debería ser marrón claro. El olor normal se describe como «nauseabundo», aunque en realidad debería ser inodoro, o a lo sumo presentar un ligero olor a leche agria.

En los libros de texto, la reacción normal se describe como una reacción alcalina, aunque debería ser ácida.

Desde el punto de vista químico faltan la mayoría de las bacterias putrescentes como Scatol o Indol, y, en último término, el contenido bacteriano del intestino presenta grandes diferencias en cuanto a estos dos grupos. Las bacterias más normales las constituyen las del grupo *coli*, estreptococos, bacilos esporíferos y bacterias anormales que describiré más adelante, mientras que los únicos organismos presentes en una deposición sana son las lactobacterias y las bacterias *coli*.

Esta gran diferencia debería bastar para convencer a cualquiera de las ventajas de una correcta alimentación, así como del provecho que el hombre podría sacar si no existieran todos los procesos de putrefacción que tienen lugar habitualmente. Pero esto no es todo, ya que en un intestino sano tal como el que he descrito, las bacterias anormales es muy difícil que puedan estar presentes, y no producirían sustancias venenosas con tanta facilidad, mientras que

el intestino alcalino es un nido de incubación excelente para la mayoría de las bacterias patógenas, como ha podido comprobarse en los laboratorios durante años. En el único lugar que las bacterias no pueden producir venenos es en un medio sano.

Además, los organismos naturales limpiadores del intestino prácticamente se extinguen cuando el medio intestinal es alcalino.

Vayamos ahora a las bacterias anormales que son las principales responsables de la intoxicación intestinal. Estos organismos se encuentran en la práctica totalidad de las civilizaciones. Se trata de bacterias gram-negativas que no son capaces de producir la fermentación del ácido láctico. Ya se ha descrito con detalle un gran número de especies, pero el número de formas diferenciadas es tan abrumador que resulta imposible clasificarlas a todas, y por el momento es más que suficiente clasificarlas en grupos. Estos organismos no son tan patógenos en el sentido estricto del término y no producen ninguna enfermedad, aunque ocasionalmente pueden ser responsables de trastornos locales del tracto intestinal. Su peligro radica más bien en sus efectos duraderos y continuados y en las sustancias venenosas que producen paulatinamente durante toda su vida, que van minando lenta y subrepticamente la vitalidad del hombre, aumentando su sensibilidad tanto para las enfermedades agudas como para las crónicas. El tiempo que tardan en manifestarse los síntomas depende de la virulencia de la intoxicación y, lo que es más importante, de la capacidad de resistencia del afectado. En la mayoría de los casos, la infección aparece muy temprano, y es bastante frecuente encontrar estos organismos no sólo en los adultos, sino también en los niños, por lo que más o menos se les considera habitantes normales del tracto intestinal, opinión que predominaría incluso en algunos laboratorios si no existieran los sorprendentes resultados conseguidos en el tratamiento de las enfermedades crónicas cuando se eliminan

esos organismos. Una vez que estos organismos se han desarrollado en el cuerpo, parece ser que viven en la zona de la vesícula y los conductos biliares, y los americanos lo han demostrado con profusión extrayendo gran cantidad de estos organismos después de haber introducido un instrumento en el duodeno a través de la boca y del estómago.

El tratamiento se compone de dos métodos diferentes y está destinado a eliminar la intoxicación intestinal. Por una parte, la alimentación debería contener la menor cantidad posible de sustancias capaces de producir toxinas, que al mismo tiempo sería la más adecuada para el crecimiento de las bacterias limpiadoras y para impedir que surjan organismos anormales. En segundo lugar, deberían eliminarse del intestino del paciente las bacterias productoras de toxinas. Esta alimentación no contiene ninguna forma de carne cocinada, ya que estas toxinas pueden surgir muy fácilmente de la carne, el paciente deberá pasarse a una alimentación casi exclusivamente vegetariana, compuesta de frutas, nueces y cereales.

Con esto se consigue en principio reducir considerablemente la cantidad de toxinas que se producen en el intestino. Si se continua manteniendo esta alimentación, se llega a eliminar finalmente todas las bacterias patógenas, pero, por desgracia, la mayoría de los pacientes necesitan años para conseguirlo, pues parece ser que las toxinas son muy pertinaces; sobre todo en la vesícula biliar y en los conductos biliares, y del mismo modo a como se ha observado con tanta frecuencia en los transmisores del tifus. Por lo tanto, la eliminación de estos organismos no es una tarea sencilla. Los antisépticos intestinales tienen éxito durante un cierto tiempo, pero no tienen un efecto duradero.

Como ya he dicho, la alimentación correcta es un proceso muy dilatado. Los mejores resultados parece obtenerlo la terapia de vacunación. Para ello, las vacunas hay que administrarlas con el máximo cuidado ya que tienen profun-

dos efectos sobre todo el organismo y pueden acarrear daños si no se aplican científicamente.

Después de administrar las dosis, utilizando siempre la mínima posible siempre que mantenga su eficacia, debería producirse un empeoramiento de todos los síntomas, que en condiciones ideales debería durar uno o dos días, pero que en casos graves puede llegar a durar hasta un mes.

A este empeoramiento inicial debería seguir una mejora, y mientras dure ésta, aun cuando se alargue un año entero, no debería administrarse ninguna dosis más. A este respecto es extraordinario el hecho de que unas pocas dosis pueden producir la curación, incluso tratándose de enfermedades crónicas graves.

Hasta aquí les he explicado las circunstancias que rodean una intoxicación intestinal.

La diferencia entre las heces normales y las excreciones limpias y sanas de una alimentación natural, que no llevan asociados olores ni putrefacción, debe tener una gran influencia sobre el hombre, al igual que tiene que resultar convincente la flora intestinal totalmente diferente, que se encuentra en una alimentación sana. Pero para poder calibrar verdaderamente la importancia de la supresión de un estado tóxico es imprescindible que observemos con nuestros propios ojos muchos casos que han sido tratados con este método, y es necesario que seamos conscientes de los notables éxitos que consigue. En los últimos años muchos han podido ser testigos de estos efectos positivos.

El estado del intestino no es en sí mismo el auténtico desencadenante de la enfermedad, sino una enfermedad que puede dilatar su efecto traicionero durante meses o años, debilitando la vitalidad y capacidad de resistencia, lo que puede atribuirse a la existencia de la auténtica causa de la enfermedad. La eliminación de este estado permite al cuerpo combatir con la máxima efectividad y de forma sorprendente hasta las enfermedades que se encuentran en un estado de desarrollo muy avanzado. El bacilo de la tu-